

Una historia de amor como otra cualquiera

La niña me culpa por no haberlo sabido. Debía haberlo sabido... Yo era la madre, yo era la esposa, y debía haber sabido que el padre, que el marido... Nunca podré compensarla, sabe usted... Podría vivir hasta los doscientos años y aún así no tendría tiempo suficiente para compensarla.

Me culpa la niña, digo, pero lo cierto es que cuando sucede una cosa como ésta todo el mundo echa la culpa a la madre, por mucho que el daño, en sustancia, lo haya hecho el padre. Pero estoy segura de que todo el mundo implicado en la historia piensa que la culpa la tuve yo, que no vigilé, que no protegí o que sabía más de lo que decía saber. Pero yo no sabía nada, de verdad que no sabía nada. Y cuando yo me paro a pensar en la historia, siempre acabo pensando que la culpa de todo no la tuve yo, ni mi niña, desde luego la niña no... Y a veces, qué quiere que le diga, acabo pensando también que la culpa, además de tenerla el padre, la tuvo también el que dirán, quizá sea por quitarle hierro al asunto o quitarle culpa a mi marido, porque es difícil odiar a alguien a quien se quiso y porque las dudas todavía me zumban por la cabeza, que a veces creo que me va a estallar... no sé, ni a mi peor enemigo le deseo dudas como éstas.

En mi casa, en la de mis padres, digo, estaban obsesionados con el que dirán. Valíamos en tanto los demás dijese que valíamos, y la opinión ajena acababa por ser más importante que la nuestra propia. En el fondo creo que todo venía porque a mi padre le daba vergüenza admitir de dónde veníamos, que en el fondo, y eso lo decía mucha gente, venía a ser como la usura, porque en los años de la posguerra la gente tuvo que vender las joyas por nada, por lo que les dieran, para comer, y mucha gente en el barrio decía que mis padres habían hecho dinero aprovechándose de la desgracia de otros, porque la joyería, que era un negocio de clase y de gente bien, vino después de lo de la casa de empeños, que era un negocio muy mal visto, que yo no sé por qué, porque dinero a interés también lo prestan los bancos, y nadie se mete con los banqueros, todo lo contrario, trabajar en un banco es de lo más respetable, como la joyería, pero lo de los empeños era otra cosa, eso era usura, o eso decían, usurero o judío le llamaban a mi padre los del barrio a sus espaldas, y así son las cosas o más bien así eran, que ya ha llovido, y a mi madre se la llevaban los demonios cada vez que alguien le recordaba lo de la casa de empeños, que su marido era joyero, decía, joyero y no otra cosa.

Así que me parece que la insistencia tan exagerada en que fuésemos los más probos y los más morales del barrio, en que nadie pudiera decir nada malo de nosotros, en que nadie nos tomara por unos sorches de medio pelo, les vino de ahí, como si tuviéramos que compensar de alguna manera lo de haber venido de dónde veníamos.

Y por eso nosotras, las dos hermanas, sus hijas, no podíamos dar que hablar, y teníamos que ser, o más bien comportarnos como, unas chicas bien, y no solo unas chicas bien, sino de las mejores de entre las chicas bien, y no podíamos llevar la falda por encima de la rodilla, ni salir sin medias en verano, por mucho que nos asáramos, que una señorita siempre lleva medias, con calor o sin calor, ni podíamos llegar a casa un sólo sábado más tarde de las nueve y media, ni dejar de ir a misa un solo domingo, ni quedarnos sin comulgar en una sola misa, pues la que no comulgaba es porque estaba en pecado, y mi madre no quería que nadie pensara que nosotras pudiéramos estar en pecado, y no podíamos hablar con ninguno de los tenderos, ni con el pescadero, ni con el panadero, ni con nadie, más allá que para pedir el pan o el pescado o la carne o el cambio, porque si hablábamos una palabra de más, entonces mi madre se ponía de los mismos nervios, y decía que debíamos de ser inflexibles, que a los hombres no había que darles alas, que aunque de momento nos doliera lo que ella decía, a la larga se lo agradeceríamos.

Mi madre, mi madre... Mi madre era una señora tan fría que parecía conservada en hielo, en la atmósfera helada de su vida irreprochable, como dicen que se mantienen los cuerpos que se encuentran en los glaciares. Cuando invitaba a otras señoras al café largo y la tertulia de los jueves, por ejemplo, se quedaba allí, en medio del salón, fría y rígida, y le iba dando turno a cada una, marcando el tiempo con una sonrisa, para promover la charla de todas, pero ella nunca decía, no opinaba, no se mojaba, no permitía que nadie supiera lo que estaba pensando, y se quedaba allí, inmóvil como un ídolo, en medio del salón. Ella era de las que piensan que nada puede cambiar si no cambia a peor, y que decidir por uno mismo es una cosa de muy mal gusto. Para ella, qué quiere que le diga, el buen hacer y el saber estar consistían en la ciega conformidad con la tradición... la tradición de otros, por supuesto. Así que desde que tuvimos dinero y pudo dejar de trabajar se había decidido por la nada, y regía su vida a partir de una arcaica probidad y un puñado de principios inflexibles sobre la moral y las buenas costumbres. Y sus amigas, si es que a eso se le puede llamar amigas, pues igual, ídem de lienzo, aburridas como sermones, que debían considerar la inercia como señal de clase, incluso si eso significaba que acabaran enfermando casi de inactividad, qué le voy a contar, la mente

cerrada a la imaginación y el corazón a la experiencia. Hasta sus trajes carísimos eran aburridos, y parecían más bien un tributo a la importancia y al dinero de sus maridos que una cuestión de buen gusto, porque eran lo suficientemente bonitos como para que se viera que eran caros, pero siempre sobrios y muy parecidos los unos a los otros, una especie de armadura para protegerse de lo desconocido y para hacerse más cercanas, más iguales a las de su clase. A mí siempre me resultó como poco paradójico que mi madre, que criticaba tanto la coquetería y la vanidad y que no nos dejaba a nosotras ni pintarnos ni peinarnos con moños altos, mostrara tal ansiedad a la hora de seleccionar, ordenar y lucir apropiadamente su extenso vestuario. Tanta obsesión absurda y sin sentido, porque, a la larga, no se trataba más que de trajes oscuros, rectos, largos, cortados sin escote y con la manga por debajo del codo hasta en verano, sin dejar ver nada más que tela, pero está claro que los vestidos no eran para estar guapa, sino para darse importancia y demostrar a los demás quién era una.

Las reuniones de los jueves no eran más que sesiones de cotilleo, esas tardes de tomar el café con las amigas, café con pastas carísimas, encargadas especialmente a Lhardy, a pesar de que mi madre ni las probaba, porque engordaban. El café largo y la tertulia suponían el único entretenimiento semanal, dejando aparte la misa, de unas señoras que entretenían sus vidas en examinar con minuciosidad hasta el último detalle de las vidas ajenas, emitiendo unas opiniones sobre la vida y milagros de cada quién, de un decidido y un agresivo que daba miedo, como si ellas estuvieran en posesión de la verdad, e ignorando a las personas que no consideraban afines a su círculo y a sus ideas hasta reducirlas a la nada, a la invisibilidad total. Una panda de tiralevitas y correveidiles amargadas, eso es lo que eran todas, qué quiere que le diga.

Mamá pasaba el día endilgándonos sermones sobre el qué dirán, con una voz grave y solemne que daba lustre y relieve a cada sílaba, cada vez que abría la boca era para poner punto final. Después de toda una vida entregada al dominio de los pequeñeces había acabado por hacerse con una aire tal de autoridad que ahora sé que era artificial, pero que entonces me inspiraba un miedo atroz. Y yo me sentía como enterrada viva bajo las imposiciones de la tribu, espiada constantemente, hasta el mismísimo moño estaba de dimes y diretes y de miradas entre visillos y silabeos de misales, de aquellas mujeres de olfato fino como perros de caza, todo el día rastreando las faltas de otro, desmenuzando los pormenores de los asuntos de los demás, harta vivía yo de sentirme como si estuviera todo el día representando una función ante un público muy educado que jamás aplaudía.

Por eso fue que yo tuve que llevar en secreto lo de que me veía con Eugenio... (sigue).